

# **Túnez y Egipto, espejos invertidos del islamismo**

**Por Ricard González**

## Introducción

Los dos principales partidos islamistas de Egipto y Túnez, los Hermanos Musulmanes y Ennahda, respectivamente, han seguido durante los últimos seis años trayectorias prácticamente inversas. Mientras Ennahda se ha convertido en el actor central del panorama político tunecino, habiendo participado de alguna forma en todos los Gobiernos constituidos desde las elecciones de 2011, los Hermanos Musulmanes han sufrido una brutal represión, quedando completamente excluidos de la arena política egipcia. De hecho, numerosos observadores consideran que este podría ser el periodo más difícil que ha experimentado en toda su historia el movimiento islamista, acostumbrado a los estragos derivados de la ira del Estado egipcio.

El advenimiento de las llamadas "Primaveras Árabes" parecía sin embargo haber situado a las dos formaciones frente a un mismo camino. De hecho, Egipto fue el primer país en seguir los pasos de Túnez, y el dictador Hosni Mubarak se convirtió en el primer presidente árabe derrocado después de la huida del tunecino Ben Alí. Además, en las primeras elecciones libres celebradas en ambos países, los partidos islamistas se alzaron con una clara victoria, lo que situó a Ennahda y los Hermanos Musulmanes en la cúspide del poder. No obstante, a partir de ahí, sus respectivos itinerarios divergen de forma dramática. De acuerdo con la interpretación mayoritaria de analistas y académicos, la razón que explica el éxito de unos, Ennahda -y el fracaso de otros, la Hermandad- es su mayor o menor pragmatismo o flexibilidad ideológica. En este aspecto reside una parte de la explicación, pero a menudo se suele exagerar su importancia, pues hubo otros factores que este análisis detallará.

# 1. Ennahda tunecino, el alumno aventajado de la “islamo-democracia”

Tras casi nueve años de transición en Túnez, disponemos de suficiente perspectiva para afirmar que Ennahda se ha convertido en la pieza central del tablero político del país magrebí. La formación, que se define como “islamo-demócrata” desde su décimo congreso celebrado en 2016, ha participado de una forma u otra en todos los Gobiernos que se han ido constituyendo después de las primeras elecciones libres de finales de 2011. Ennahda ya ganó aquellas elecciones con claridad, obteniendo el 37% de los votos. Aunque en las siguientes contiendas su peso electoral se ha visto reducido progresivamente, ha sido el partido más votado en tres de los seis procesos electorales de la transición -en uno, las presidenciales de 2014, no presentó candidato-.

Este indudable logro se debe a diversas razones, entre ellas, su carácter de organización disciplinada y cohesionada gracias a vínculos emocionales entre sus miembros, tejidos durante un traumático pasado de represión, o el hecho de ser el único partido de masas de Túnez. El resto de formaciones podrían más bien definirse como partidos de notables o, en algunos casos, como meras cáscaras vacías al servicio de las ambiciones de alguna personalidad política. Asimismo, la posición privilegiada de Ennahda se explica por la evolución ideológica y organizativa que ha experimentado desde hace más de tres décadas, y que se ha acelerado durante la transición, como se detallará a continuación.

Ahora bien, todo esto no es ninguna garantía de su permanencia en la cúspide de las instituciones políticas tunecinas, sobre todo en un contexto como el actual, de malestar ciudadano y de gran fluidez política. De hecho, a pesar de vencer en los comicios legislativos del pasado octubre, Ennahda perdió el monopolio de la representación de la familia ideológica islamista por primera vez desde 2011. Otros dos partidos islamistas han accedido al palacio del Bardo: Rahma, de orientación salafista (4 diputados), y la Coalición Karama, el tercer partido en número de escaños (21), y que podríamos definir como “islamo-revolucionario”.

## 1.1. La evolución de un partido islamista clásico

Tras la deriva autoritaria del presidente turco, Recep Tayyip Erdogan, que ha minado la reputación del hoy presidente, Ennahda se ha convertido actualmente en el gran referente de la “islamo-democracia” o el “post-islamismo”, términos que algunos académicos utilizan para describir a los partidos o movimientos políticos que, partiendo de una ideología islamista clásica, han evolucionado ideológicamente para adoptar la democracia, el pluralismo y los derechos humanos. En el caso de Ennahda,

este cambio ha sido bastante gradual, habiéndose iniciado en los años ochenta. En buena parte, es fruto de la trayectoria intelectual del presidente y líder histórico del partido, Rached Ghannouchi, un pensador islámico cuya influencia traspasa las fronteras de Túnez.

El embrión de Ennahda lo formaron estudiantes que, habiendo crecido en un entorno conservador, se sentían alienados por el proyecto laicizante del presidente Habib Bourguiba y el consecuente proceso de secularización que experimentaba la sociedad tunecina. En un primer momento, se dedicaban a organizar *halaqas*, o grupos de debate, en mezquitas y universidades en los que discutían las lecturas de pensadores islamistas del *Mashreq*, como Hasan al-Banna o Sayid Qtub. En aquel momento, la ideología del grupo se inscribía en la misma línea que la de los Hermanos Musulmanes: consideraban el islam como una religión que abarcaba todos los ámbitos de la vida, y defendían la creación de un Estado islámico en el que se aplicaría la *sharía*. Además, al igual que en la secretista Hermandad egipcia, la entrada en el grupo requería el apadrinamiento de un miembro y el sometimiento a un proceso de adoctrinamiento.

Su casi nula capacidad de penetración en la sociedad tunecina, dividida entre los partidarios de Bourguiba y la oposición de izquierdas, ambos colectivos laicos, estimuló la revisión de las posturas del grupo que en 1981 se constituyó como partido político, el Movimiento de la Tendencia Islámica (MTI). En la década de los ochenta, Ghannouchi empezó a publicar reflexiones en las que intentaba buscar una síntesis entre la ideología islamista clásica y los valores y normas derivados del proyecto laicizante de Bourguiba adoptados por la mayoría de los tunecinos. Fue así como el MTI declaró públicamente aceptar el Código Personal del año 1956, que otorgaba unos derechos inéditos a la mujer en el resto del mundo árabe y prohibía la poligamia, algo impensable en los otros partidos islamistas de la región.

A finales de los ochenta, el partido ya había abrazado la democracia, al menos a nivel retórico, y se disponía a participar en el experimento de liberalización que había prometido Ben Alí, sucesor de un incapacitado Bourguiba. En un guiño al régimen, el partido transformó su nombre a Ennahda ("renacimiento" en árabe), retirando la referencia a la religión. Aunque aún no había sido legalizado, el régimen le permitió participar en las elecciones legislativas, en las que obtuvo unos excelentes resultados, que sin embargo no reflejaron los resultados oficiales. Poco después, Ben Alí lanzó una durísima campaña de represión que escaló el conflicto entre Ennahda y el régimen, y a su vez desembocó en el encarcelamiento o exilio, no solo de sus líderes, sino incluso de cuadros medios y militantes.

La represión, junto con la guerra civil en la vecina Argelia, radicalizó las bases de la formación y dificultó la asimilación de las transformaciones ideológicas que proponían Ghannouchi y otros líderes como Abdelfattah Mourou o Hamida Ennaifer. Sin embargo, con el paso del tiempo se hizo evidente que Ennahda tan solo podría renacer en un sistema democrático. En los primeros años del siglo XXI, el partido dio un paso más en su apertura y trazó alianzas con los partidos laicos de oposición al régimen. Según Cavatorte y Marone (2013), fue la exclusión de Ennahda de la escena política tunecina la que decantó los debates internos en el seno de la organización hacia una mayor moderación. No obstante, sus detractores entre la *intelligentsia* laica y las asociaciones feministas nunca creyeron en la sinceridad de las transformaciones

de la formación y las atribuyeron a una simple operación de marketing dirigida a Occidente.

## **1.2. La revolución como catalizador de los cambios**

El advenimiento de la revolución tunecina fue una sorpresa para todos los actores políticos tunecinos, y Ennahda no fue una excepción. La formación no había previsto un colapso súbito del régimen, por lo que no disponía de una hoja de ruta para el nuevo tiempo político. En menos de un año, Ennahda pasó de ser un partido clandestino a un partido de gobierno. Esta transformación vertiginosa de su posición en la escena política del país le obligó a revisar sus planteamientos políticos e ideológicos sobre la marcha, forzada por los acontecimientos. Sin embargo, buena parte de sus decisiones estratégicas durante este periodo se vieron influidas por una serie de reflexiones hechas anteriormente (Marks, 2016).

El 23 de octubre de 2011, después de que la movilización en las calles impidiera al régimen regenerarse tras una nueva fachada, se celebraron las primeras elecciones libres. Ennahda cosechó una victoria de una dimensión inesperada: obtuvo el 37% de los sufragios, mientras el segundo partido más votado, el CPR (centroizquierda), apenas superó el 8%. Este resultado hizo evidente que el régimen de Ben Alí no había conseguido erradicar del todo al partido islamista, a pesar de que éste no pudo disponer de una estructura formal sobre el terreno durante casi dos décadas. Los fuertes vínculos informales entre sus militantes sobrevivieron a la represión y permitieron crear con celeridad un partido con implantación en todo el territorio. Su éxito llegó a pesar de no disponer del recurso al que se ha atribuido a menudo el triunfo de los partidos islamistas en otros países: una densa red de ONGs que proporcionan servicios sociales a las capas más desfavorecidas de la sociedad. En cambio, en pleno momento revolucionario, sí que pudo beneficiarse, al igual que sus correligionarios en Egipto, de las simpatías de una parte de la población por haber sido la principal víctima de la represión de un régimen denostado.

Los dirigentes de Ennahda apenas pudieron disfrutar de las mieles de la victoria. Su alianza de Gobierno con dos partidos progresistas laicos, CPR y Ettakatol, no impidió que el país cayera en un periodo de fuerte polarización entre islamistas y laicos. Los debates en la Asamblea Constituyente se centraron en cuestiones de tipo identitario, y sobre todo referentes a la relación entre Estado y religión, poniendo de manifiesto la pluralidad de la sociedad tunecina. Mientras, en las calles, un movimiento político-social de carácter salafista, Ansar al-Sharia, fundado por militantes yihadistas excarcelados gracias a una amnistía, desafiaba a las autoridades y mostraba una actitud cada vez más violenta.

En 2013, la tensión política alcanzó su punto álgido después del asesinato de dos políticos progresistas, y la sombra de un golpe de Estado "a la egipcia" planeó sobre Túnez. Los líderes de Ennahda optaron por ofrecer concesiones a la oposición, liderada entonces por un resucitado político de la era Bourguiba, Béji Caïd Essebsi. De acuerdo con el pacto de París entre Ghannouchi y Essebsi, se aprobó una nueva Constitución de consenso que garantizaba los nuevos derechos y libertades adquiridos después de la revolución, y Ennahda cedió el poder a un Gobierno de corte

tecnocrático encargado de gestionar el país hasta las elecciones legislativas de finales de 2014.

La experiencia de aquellos meses representó un punto de inflexión para Ennahda que marcaría su trayectoria en los años venideros. Mientras al inicio del periodo revolucionario había aspirado a reconducir a la juventud salafista a la vez que se convertía en su referente electoral, dejando vía libre a la expresión de sus sectores más conservadores, en adelante apostó por moderar su discurso y buscar el consenso con el *establishment* laico. Ansar al-Sharia, a quien se atribuyó los asesinatos de dos políticos, fue ilegalizada y el partido se distanció de forma clara y definitiva del islamismo radical y ultraconservador.

El resultado de las elecciones de 2014 ofreció una excelente oportunidad para insistir en la vía del pacto con los acérrimos adversarios de antaño. La palabra "consenso" se convirtió en una especie de mantra. Nidá Tunis, el partido fundado por Essebsi y que incluía personalidades del antiguo régimen, se alzó con la victoria en las elecciones presidenciales y en las legislativas. No obstante, quedó lejos de la mayoría absoluta en el Parlamento (86 diputados sobre 217), allanando el camino para una "gran coalición". Ennahda entró en el Gobierno con una presencia muy modesta -un Ministerio y tres secretarías de Estado-, que no se correspondía con el peso que le habían otorgado las urnas, con casi un 28% de los votos y 69 diputados. Al igual que su decisión de no presentar candidato en las presidenciales, su objetivo era apaciguar los recelos de sus detractores.

La decisión estratégica de Ennahda era fruto de las lecciones extraídas por sus líderes durante la dura experiencia del Gobierno de la *troika* (el gobierno de coalición compuesto por tres partidos políticos de ideologías diversas). Ghannouchi y su círculo más cercano percibían haber sido víctimas de una campaña de demonización por parte de los medios de comunicación, en su mayoría controlados por hombres de negocios del antiguo régimen. En consecuencia, una parte importante de la sociedad tunecina mantenía una posición de hostilidad hacia la organización que, unida al ascenso fulgurante de Nidá Tunis, hizo temer una marginación de la escena política del país, o incluso un retorno a la cárcel. Una vez más, el pragmatismo y el instinto de preservación empujaron al partido hacia la moderación.

Este contexto es importante para entender el devenir del décimo congreso, celebrado en verano de 2016, y que tenía como principal objetivo un *aggiornamento* ideológico del partido después de seis años de aceleradas transformaciones (McCarthy, 2018). Los principales cambios que coparon los titulares de la prensa fueron el abandono del islamismo político como ideología oficial en favor del término "islamo-democracia", y la introducción de una separación estricta entre las actividades políticas y religiosas. En realidad, la labor política ya concentraba las energías de la Ennahda, a causa de las apremiantes necesidades que impusieron las vicisitudes del periodo postrevolucionario. El congreso fue un paso más allá al prohibir a los miembros de los órganos directivos de la organización el desempeño de una labor proselitista en mezquitas y organizaciones religiosas. La moción fue aprobada con más del 80% de los votos de los delegados, lo que ofreció una convincente imagen de consenso interno. "Estos cambios no los impusimos desde arriba. Nos pasamos dos años previos discutiendo con nuestras bases, por todo el país. Dialogamos con ellas, y

haciendo pedagogía, logramos convencerlos de la necesidad de estos cambios”, explicó Ridha Driss<sup>5</sup>, el encargado de redactar la ponencia del congreso.

El congreso sirvió para oficializar una serie de cambios que, en algunos casos, se habían empezado a gestar hacía varios años. Por ejemplo, atrás quedaban definitivamente los tiempos en los que el ingreso en la organización requería un proceso de adoctrinamiento. El partido explicitó su intención de abrirse a la sociedad y de integrar en sus listas de futuros comicios a un 50% de independientes. A nivel ideológico, las decisiones adoptadas durante los años anteriores, algunas motivadas por un impulso pragmático de adaptarse a la realidad, otras fruto de una meditada revisión de viejos planteamientos, fueron revestidas de un corpus doctrinal más elaborado.

En su intervención frente a más de 10.000 militantes, Ghannouchi justificó el abandono de los postulados clásicos del islamismo con el hecho de que ya no era necesario combatir un proyecto “secular extremista” de tipo dictatorial. En vista de que la libertad religiosa estaba garantizada en la Constitución, Túnez ya era un “Estado islámico” y era el momento de concentrarse en el buen gobierno del país. Para Ennahda, el islam pasaba a ser un “marco de referencia moral”, no un ideal, que abarcaba todos los ámbitos de la vida a través de la *sharía*. Durante los debates en la Asamblea Constituyente, el ala más conservadora del partido había intentado infructuosamente inscribir en la Constitución la *sharía* como fuente principal de derecho. Su derrota asentó de forma definitiva la adopción de una interpretación minimalista de la *sharía* según la cual los poderes públicos están solo obligados a aplicar sus objetivos principales o *maqasid*, entre ellos la libertad, la justicia o la tolerancia.

Los detractores laicos de Ennahda atribuyeron estos cambios a una operación de marketing político motivada por las necesidades del momento, desconfiando de que realmente fueran la expresión de una transformación profunda de un partido que todavía sitúan bajo la órbita de los Hermanos Musulmanes. No obstante, en el congreso el partido se presentó como el heredero de los intelectuales más importantes del reformismo histórico tunecino, como el *sheikh* Tahar Ben Achour de la histórica Universidad Zeituna. La ministra de Trabajo Sayida Ounissi (2016) arguyó que los escritos de Hassan al-Banna o Sayid Qutb ya no ocupaban un lugar preferente entre las lecturas de la militancia de Ennahda, y que incluso en el pasado siempre fueron interpretados de acuerdo con el contexto tunecino. Su escrito coincide con las tesis de un ensayo de los profesores Cavatorta y Merone (2015), que sostienen que Ennahda ha experimentado un proceso de “tunificación” al redescubrir unos pensadores islámicos magrebíes que ya habían influido sólidamente décadas antes el proceso de formación de algunos líderes del movimiento, como el propio Ghannouchi.

---

<sup>5</sup>Entrevista realizada en marzo de 2018.

### 1.3. Elecciones y conflicto interno

La robusta cohesión y solidaridad interna de Ennahda, que contrasta con las incontables escisiones sufridas por sus adversarios, se ha convertido en un lugar común entre los analistas tunecinos. Sin embargo, el partido podría estar atravesando su mayor crisis de los últimos años, e incluso algunos analistas no descartan una escisión si no se restañan las heridas durante el próximo congreso del partido, previsto para el próximo verano. Algunas decisiones estratégicas y la gestión de las cuotas de poder en el partido han ido profundizando la brecha entre dos sectores: Ghannouchi, su círculo de asesores y un reducido grupo de notables del partido, y algunos líderes territoriales, como Abdelhamid Jelassi o Abdelatif Mekki, con un sólido apoyo entre la militancia.

En su origen, las discrepancias entre estos dos grupos son más de tipo estratégico que ideológico. Si bien es cierto que los líderes territoriales son más conservadores que el círculo de Ghannouchi, defensores de un pragmatismo a ultranza, todos ellos coinciden, por ejemplo, en el abandono de las tesis islamistas clásicas o de la voluntad de imponer la *sharía*. En cambio, resulta más conflictiva la decisión de establecer una alianza casi incondicional con los sectores del antiguo régimen. Los líderes territoriales tienen una perspectiva más cercana a los principios de la revolución tunecina y consideran que el partido ha ido demasiado lejos en el acomodo de los exbenalistas, como por ejemplo aprobando la llamada "ley de reconciliación" que facilita la concesión de indultos a los funcionarios corruptos de Ben Alí.

Estas diferencias no son nuevas, y, de hecho, la más controvertida de las decisiones tomadas por Ghannouchi hasta la fecha fue retirar del proyecto constitucional un artículo que excluía a los dirigentes del RCD, el partido de Ben Alí, de las instituciones. Asimismo, Mekki o Jelassi consideran que Ennahda debería haber tenido un mayor peso en los Gobiernos liderados por Nidá Tunis, y que el temor al retorno a las cárceles es exagerado. El conflicto escaló antes de las elecciones legislativas del pasado otoño, cuando la Ejecutiva del partido, dominada por Ghannouchi, modificó las listas de la mayoría de circunscripciones para las legislativas que habían sido escogidas por las bases a través de una especie de primarias. El resultado fue que los fieles a la dirección nacional coparon los primeros puestos de las listas, y los líderes territoriales fueron relegados a posiciones que dificultaban su acceso al Parlamento.

En este crispado ambiente se adentró Ennahda en el ciclo electoral de 2019, y algunos analistas<sup>6</sup> atribuyen sus pobres resultados a las disensiones internas, las cuales habrían llevado a una movilización escasa de las bases. En las elecciones presidenciales, el candidato del partido, Abdelfattah Muru, líder histórico y presidente del Parlamento, obtuvo solo un 12,8% de los sufragios y ni tan siquiera pasó a la segunda vuelta. Poco más de un año antes, en los primeros comicios locales libres en la historia del país, Ennahda había sido el partido más votado con un 30% de los votos, si bien la participación fue muy baja (35%). En las legislativas, y después de haber hecho un giro discursivo resaltando sus credenciales revolucionarias, el partido logró salvar los muebles. Ennahda fue el partido más votado, con casi el 20% de los

---

<sup>6</sup>Entrevistas realizadas a los analistas Bechir Jouini, Salaheddine Jouchi y Aymen Harbawy.



sufragios y 52 diputados. En números absolutos, recabó 561.000 votos, pero quedó lejos de los 947.000 de cinco años antes, o de los 1,5 millones de 2011.

El retroceso podría también estar provocado por el hecho de haber alienado a sus votantes más conservadores con los cambios ideológicos introducidos en el décimo congreso, sin haber sido capaces de atraer a nuevos votantes moderados. El investigador Sharan Grewal (2018) ya había detectado esta posibilidad en diversas encuestas meses antes de los comicios. El sorprendente éxito de la Coalición Karama, con un discurso revolucionario radical, podría explicarse por su capacidad de atraer votantes desencantados de Ennahda, así como jóvenes votantes decepcionados por la falta de progreso en la situación económica y social del país.

La política de alianzas para la formación del nuevo Gobierno, la interacción del partido con sus nuevos competidores dentro de la familia islamista, y, sobre todo, la gestión de los equilibrios internos de cara al congreso del próximo verano, marcarán el futuro de Ennahda. Aunque no parece que su transformación en un partido "islamo-demócrata" esté realmente en cuestión, sí lo están su unidad y, sobre todo, el mantenimiento de su privilegiada posición como centro de gravedad de la política tunecina que incluso ha podido mantener en sus peores resultados electorales. En el nuevo Parlamento no hay hoy una mayoría políticamente posible sin el concurso del histórico movimiento islamista tunecino. Tras la dimisión del primer ministro Elías Fajfaj en julio de 2020 (momento de última edición de este texto) tras un escándalo de posible corrupción, varios partidos intentan forjar una mayoría alternativa sin la presencia de Ennahda, pero parece muy difícil que lo puedan lograr.

## 2. Hermanos Musulmanes egipcios, la matriz decapitada

La historia reciente de los Hermanos Musulmanes es la de un viaje vertiginoso con un desafortunado final. Del ostracismo institucional durante la era Mubarak a las dulces victorias de las primeras elecciones libres, seguidas por un descenso al infierno. La Hermandad egipcia es el gran referente histórico del islamismo político moderno. De su matriz ideológica u organizativa nacieron los principales movimientos políticos de diversos países del mundo islámico. Por eso, su evolución provoca reverberaciones en la escena política de todo Oriente Próximo y el Norte de África.

No existe una narrativa dominante en el seno de la histórica organización, ni tampoco en la esfera islamista en general, sobre las razones del fracaso de su experiencia de Gobierno después de las llamadas “Primaveras Árabes”. Desde el propio movimiento, se ha apuntado como causa principal el no haber aplicado unos cambios más profundos en el sistema político para cumplir las demandas y aspiraciones populares de la revolución que derrocó a Hosni Mubarak. Por parte de sus adversarios políticos, se señalan como factores del descalabro su ideología caduca, el secretismo y la endogamia en los que opera, o el tacticismo y arrogancia que habría guiado sus acciones durante su mandato. En el mundo académico se tiende a subrayar su falta de flexibilidad ideológica para adaptarse a un nuevo entorno, su desmesurada ambición, o su mal cálculo de la relación de fuerzas entre la propia Hermandad y sus enemigos.

Habida cuenta de las pasiones encontradas que suscita, no resulta fácil realizar una evaluación libre de sesgo. En todo caso, las diversas razones mencionadas explican una parte de la verdad. En este sentido, resulta importante mencionar que no debemos soslayar otro factor de mucho peso, sobre todo al hacer comparaciones con otros partidos y otros países: la fortaleza del Ejército egipcio como principal institución del *establishment* tradicional, de la mano de su renuencia a abandonar la tutela del poder político que ha ostentado desde hace décadas. Los errores del Gobierno de los Hermanos Musulmanes tan solo se lo pusieron más fácil.

### 2.1. Una historia de conflictos con el poder

Creados en 1928, los Hermanos Musulmanes están considerados como los padres del islamismo político moderno. Su nacimiento ha sido interpretado como una reacción por parte de algunos sectores conservadores de la sociedad egipcia a la erosión de los valores tradicionales y la dislocación del orden económico y social que supuso la colonización inglesa. Su principal objetivo era el “retorno a un islam puro”, libre de las acreencias desarrolladas durante los siglos y que habrían desvirtuado su mensaje original. Desde esta óptica, la religión islámica es vista como un sistema de valores absoluto que rige toda la vida del creyente y de la comunidad, incluida la política.

Durante sus inicios, la Hermandad es sobre todo obra de su carismático fundador, Hassan al Banna, una figura todavía reverenciada dentro del movimiento. Al Banna dirigió la cofradía de forma personalista hasta su asesinato en 1949. Era a la vez ideólogo, gestor, organizador, comunicador, político e imán. Quizás por eso, en sus textos no se perfila una ideología precisa, sino que sus escritos defienden una serie de principios más bien generales asentados sobre una moral conservadora. Esta vaguedad ha otorgado a la Hermandad una cierta flexibilidad ideológica que le ha permitido adaptarse progresivamente a un entorno cambiante a lo largo de sus más de nueve décadas de historia. Mientras que al Banna parecía favorecer una transformación de la sociedad a partir de la prédica y el trabajo social, la organización fue poco a poco adoptando un perfil más político.

Durante todo este tiempo, la tónica de sus relaciones con el poder se ha caracterizado por el conflicto, si bien de diferente intensidad en cada momento. Un militante islamista asesinó en 1948 al primer ministro Nuqrashi Pasha, que había disuelto la organización tras descubrir que había creado una milicia secreta. Aquel magnicidio desencadenó la primera ola represiva contra la cofradía. El grupo apoyó la Revolución de los "oficiales libres" de 1952, liderada por Gamal Abdel Nasser. Sin embargo, los intereses de estos actores pronto colisionaron, y tras un atentado contra Nasser en 1954, éste ordenó una durísima campaña de represión contra la dirección y los cuadros de la Hermandad. Siete de ellos fueron ejecutados, miles fueron encarcelados y torturados, y otros tantos miembros se exiliaron.

El presidente Anwar Sadat, en cambio, liberó a los detenidos. Se abrió un periodo en el que la organización, sin ser legal, sí que fue tolerada, lo que le permitió tejer una amplia red de ONGs de tipo social o religioso. Aquellos fueron unos años de debate interno entre la vía pactista y no-violenta postulada por el Guía Supremo, Omar Tilmisani, y la vía revolucionaria, defendida por Sayid Qtub, uno de los dirigentes ejecutados por el régimen de Nasser. Qtub, que se fue radicalizando en sus últimos años de vida, es uno de los referentes ideológicos del yihadismo, y sus textos inspiraron a grupos terroristas como la Gamá Islamiya o la Jihad Islámica.

Al inicio del siglo XXI, una nueva batalla ideológica tuvo lugar en el seno de la organización, que por aquel entonces había abandonado sus recelos hacia el sistema democrático, al menos en sus declaraciones, y exigía al régimen una transición hacia un modelo pluralista. Una generación de cuadros más jóvenes, encarnada por Abdel Moneim Abul-Futuh y Mohamed Habib, argüía que el movimiento, todavía regido a nivel interno por el secretismo, debía abrirse a la sociedad y alejarse de cualquier veleidad teocrática. Pocos años antes de la revolución, los miembros de este colectivo plantearon un pulso a los "halcones" de la organización, que ganaron la batalla (Wickam, 2013), por lo que la histórica demanda de la aplicación de la sharía continuó ocupando un lugar privilegiado en su proyecto político.

## **2.2. Ascenso y caída en la "Primavera Árabe"**

La llamada "Primavera Árabe" también cogió por sorpresa a la cofradía islamista egipcia. En un primer momento, la dirección de los Hermanos Musulmanes ordenó a sus miembros no participar en las manifestaciones contra el régimen Mubarak de finales de enero del 2011, pero algunos miembros de sus juventudes tomaron parte en las movilizaciones (González, 2015). Al ver que la revuelta tenía visos de triunfar, la Hermandad cambió de posición y se sumó al levantamiento. Sus militantes, sobre

todo los más jóvenes, desempeñaron un papel importante desde el punto de vista logístico a la hora de mantener la ocupación de la icónica plaza Tahrir.

Sabedores del poder del Ejército egipcio, los líderes de los Hermanos Musulmanes se avinieron a pactar con la Junta Militar que tomó las riendas del país tras la dimisión del veterano presidente. En el referéndum del mes de marzo sobre una declaración constitucional destinada a regir la transición, la Hermandad apeló a la ciudadanía a apoyar el texto, que se impuso con un 77% de los votos en el plebiscito. Aquella votación fue el primer desencuentro serio entre la Hermandad y los grupos de jóvenes revolucionarios, que descartaron constituirse en partido político y optaron por ejercer presión sobre la escena política desde la calle.

Tan pronto como las autoridades militares flexibilizaron las normas para crear partidos políticos, la Hermandad registró su marca: el Partido de la Libertad y la Justicia (PLJ). Se producía así una especialización: mientras la cofradía continuaría con sus actividades sociales y religiosas, el PLJ se ocuparía de la política. En teoría, el partido debía ser independiente de la cofradía y estar abierto a toda la ciudadanía. No obstante, pronto se vio que no sería así: los dirigentes del PLJ eran escogidos en el Consejo de la *chura* del movimiento (Wickam, 2013), que prohibió a sus miembros integrarse en cualquier otra formación política.

El PLJ se alzó con una clara victoria en las primeras elecciones libres después de la Revolución, celebradas en diciembre de 2011. La marca electoral de la Hermandad obtuvo el 37% de los sufragios, pero la gran sorpresa fue que el segundo partido fue la coalición salafista Nour, con un 25%. El PLJ hizo gala de una gran moderación durante la campaña, y, por ejemplo, en su programa, que incluía más de 12.000 palabras, la palabra "sharia" aparecía tan solo 14 veces y con referencias vagas (Nawaf, 2018). El triunfo de la formación se explica por la débil organización de sus adversarios, sin tiempo para tejer sólidas estructuras en todo el territorio, por la buena reputación obtenida en una parte de la población por sus acciones benéficas, y por la simpatía que suscitaban por haber sido las principales víctimas de los abusos del régimen anterior. No obstante, la Hermandad interpretó el resultado como un aval a su ideología islamista, una lectura errónea que explica sus errores posteriores.

Los Hermanos Musulmanes repitieron su triunfo de los comicios legislativos en las presidenciales celebradas medio año después. Ahora bien, su margen fue mucho más estrecho, una muestra de que su popularidad se había empezado a erosionar, en parte a causa de la decepcionante actuación de sus diputados en el Parlamento. Su candidato a las elecciones presidenciales, Mohamed Morsi, ganó la primera vuelta con un 25% de los sufragios, y posteriormente salió vencedor de la segunda vuelta en junio del 2012 con un 51%. Su adversario fue Ahmed Shafiq, considerado el representante de un antiguo régimen revitalizado.

En un año y medio, Morsi había pasado de la cárcel al Palacio Presidencial de Ittihadiya. No obstante, el flamante presidente pronto pudo comprobar que no poseía realmente el control del Estado y sus instituciones, dominadas por el *establishment* tradicional, hostil a la Hermandad. De hecho, algunas instituciones, sobre todo el poder judicial, pusieron palos a las ruedas de su gobierno. Para solucionar este problema, Morsi firmó un "decreto constitucional" en noviembre de 2012 por el que se otorgaba poderes absolutos. La decisión pretendía blindar la Asamblea

Constituyente, donde los islamistas gozaban de una amplia mayoría, frente a una hipotética disolución por parte de los tribunales. El paso galvanizó, no obstante, a toda la oposición laica, que vio confirmadas sus sospechas sobre las escasas convicciones democráticas de la Hermandad. En el mes de diciembre, una Constitución pactada solo con los diputados salafistas y sin el apoyo de los partidos laicos fue sometida a referéndum popular y ratificada con una participación escasa (32'9%), y con el rechazo de un tercio de los ciudadanos que acudieron a las urnas. La Carta Magna del nuevo Egipto democrático había nacido tocada.

Contrariamente a la narrativa expuesta por sus detractores, Morsi no impuso una nueva identidad islamista a la sociedad egipcia. Con alguna excepción, el año de gobierno islamista se caracterizó más bien por sus políticas continuistas. No se introdujeron restricciones a la venta de alcohol, ni a los derechos de las mujeres, habituales caballos de batalla de los movimientos islamistas. Ciertamente, la nueva Constitución, redactada con una calculada ambigüedad en las cuestiones sociales, podría haber permitido la aplicación de un proyecto islamista, pero tampoco lo imponía. Es decir, no imponía un modelo islamista, pero tampoco blindaba el sistema político para evitar que se desplegara posteriormente. En todo caso, el no haber pactado una Carta Magna de consenso revelaba una concepción utilitarista y mayoritaria de la democracia, sin el necesario respeto de las minorías.

Esta actitud de no buscar el consenso con los partidos laicos, sumada a la persistencia o agravación de algunos problemas sociales, como el desempleo juvenil o unos servicios sociales en decadencia, explican el éxito que tuvieron las movilizaciones del mes de junio de 2013 que exigían la dimisión de Morsi y la celebración de elecciones anticipadas. Millones de personas salieron a la calle convocadas por Tamarrud, un grupo juvenil de oposición que luego se supo que había contado desde su creación con el apoyo del Ejército<sup>7</sup>. El golpe de Estado del 3 de julio, liderado por el entonces ministro de Defensa, Abdelfattah al Sisi, no era un desarrollo que la Hermandad preveía, dado que durante la transición siempre estuvo dispuesta a llegar a acuerdos con los uniformados. De hecho, la Constitución recogía todos los privilegios requeridos por las Fuerzas Armadas, como la naturaleza secreta de su presupuesto anual. Sin embargo, los generales, con al Sisi al frente, no se conformaban con una posición privilegiada en el nuevo orden político, ya que querían dirigir de forma directa el destino de Egipto.

### **2.3. Represión y disensiones**

La dirección de la Hermandad rechazó categóricamente el golpe y, aferrándose a la legitimidad de las urnas, organizó un amplio movimiento de protesta para evitar la consolidación del nuevo régimen. El Ejército respondió al órdago islamista con una represión despiadada, que conllevaría largas penas de cárcel para la cúpula de la cofradía -con la excepción de aquellos que pudieron exiliarse-, así como el arresto de miles de sus miembros o simpatizantes. Otros cientos murieron a causa de la

---

<sup>7</sup>“Recordings suggest Emirates and Egyptian military pushed for ousting of Morsi”, The New York Times, 2 de marzo de 2015. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/03/02/world/middleeast/recordings-suggest-emirates-and-egyptian-military-pushed-ousting-of-morsi.html>

brutalidad que emplearon las fuerzas de seguridad para dispersar las manifestaciones que exigían la restauración de Morsi en la presidencia del país. La peor masacre tuvo lugar en el campamento de protesta de Rabá al Adawiya, donde en un solo día, el 14 de agosto de 2013, murieron más de 800 personas<sup>8</sup>.

En diciembre de 2013, y tan solo horas después de un atentado contra una comisaría, los Hermanos Musulmanes fueron declarados "organización terrorista". El régimen suele atribuir a la cofradía todos los atentados que han sacudido el país durante los últimos seis años, incluidos los reivindicados por *Wilaya Sina*, la filial del autodenominado "Estado Islámico" en Egipto. La mayoría de analistas (Brown & Dunne, 2017) han descartado vínculos entre la cofradía y la violencia yihadista. En cambio, algunos sí consideran que otros grupos armados con una retórica revolucionaria como *Hassm*, o *Liwa al-Thawra* (Fahmi, 2015), que solo atacan miembros de las fuerzas de seguridad, sí estarían formados en buena parte por miembros disidentes de la Hermandad.

Al descabezar la organización, los líderes han perdido parte de su control sobre las actividades de sus filiales, por lo que no es fácil valorar hasta qué punto las acciones violentas de estos grupos han sido bendecidas por la dirección en el exilio. En todo caso, durante los últimos años, ha habido un intenso debate en el seno del movimiento sobre los límites de la resistencia a las autoridades y a las acciones de "autodefensa". Las diferencias no solo se circunscriben al uso de la violencia, sino que también se refieren al margen de maniobra de las secciones locales. A grandes rasgos, la dirección en el exilio, copada por una generación de mayor edad, apuesta por la no-violencia, mientras que las secciones locales, dirigidas ahora por miembros jóvenes a causa del encarcelamiento de muchos cuadros medios, no reniegan de un uso limitado de la violencia.

En verano de 2019, los medios de comunicación se hicieron eco de una carta firmada presuntamente por centenares de presos de la organización que sugerían llegar a un acuerdo con el régimen que consistiría en su liberación a cambio del compromiso de no participar en ninguna actividad política, así como el pago de unas elevadas sanciones económicas al Estado. De alguna forma, la idea representaría un retorno a los orígenes de la cofradía, dedicada más a la prédica que a la política. Aunque la organización negó la veracidad de la iniciativa, esta fue confirmada por varias fuentes<sup>9</sup>, si bien no está claro hasta qué punto aquellos presos que firmaron la carta lo hicieron por su libre voluntad o bajo las presiones de las autoridades penitenciarias<sup>10</sup>. En todo caso, las especulaciones sobre posibles negociaciones entre el régimen y la Hermandad han sido habituales durante los últimos años, pero ninguna ha fructificado, probablemente, porque el Estado percibe estar en una posición de fuerza y no considera necesario realizar ningún tipo de concesiones

---

<sup>8</sup>Human Rights Watch, "All According to Plan", August 2014. Disponible en: <https://www.hrw.org/report/2014/08/12/all-according-plan/raba-massacre-and-mass-killings-protesters-egypt>

<sup>9</sup>Madamasr. "In letter from prison, jailed Muslim Brotherhood youth call on prominent public figures to mediate with authorities to secure their release", 9 de septiembre de 2019. Disponible en: <https://madamasr.com/en/2019/09/09/feature/politics/in-a-letter-from-prison-jailed-muslim-brotherhood-youth-call-on-prominent-public-figures-to-mediate-with-authorities-to-secure-their-release/>

<sup>10</sup>Entrev.ista telefónica con un preso en la cárcel de Tora en septiembre de 2019.

## Conclusión

La tunecina Ennahda y los Hermanos Musulmanes egipcios han seguido caminos muy diversos desde el advenimiento de la llamada "Primavera Árabe" a causa de algunas diferencias ideológicas de partida, pero motivadas sobre todo por enfrentarse a contextos muy diferentes. Todo parece indicar que en un futuro próximo esta distancia se mantendrá. Probablemente, Ennahda mantendrá y quizás incluso profundizará su apuesta por alejarse de los postulados clásicos del islamismo político. Ahora bien, no está claro que consiga mantenerse en el centro de gravedad de la política tunecina, sacudida por una fuerte ola "anti-establishment". Por su parte, los Hermanos Musulmanes no han podido ni tan siquiera debatir las cuestiones ideológicas que han ocupado discusiones entre los militantes de Ennahda. De alguna forma, la represión del régimen militar ha fosilizado su ideología, forzando que sus debates internos giren en torno a otras cuestiones, como cuáles son los límites de las actividades de resistencia, o qué renuncias serían aceptables para suavizar las draconianas medidas que ponen en peligro si no la continuidad de la organización, sí la capacidad de influencia sobre la sociedad egipcia que ha ejercido durante la mayor parte de su historia.

# Bibliografía

- Brown, N. & Dunne, M. "Black Label". Brookings (2017). Disponible en: <https://carnegie-mec.org/diwan/67771>
- Cavatorta, F. & Merone, F. (2013). "Moderation through exclusion? The journey of the Tunisian Ennahda from fundamentalist to conservative". Democratization Journal, 20:5 857-875
- Cavatorta, F. & Merone, F. (2015): Post-Islamism, ideological evolution and 'la tunisianité' of the Tunisi Islamist party al-Nahda, Journal of Political Ideologies, 20:1, 27-42
- Fahmi, G. "The Market of Violence in Egypt". ISPI (2018). Disponible en: <https://www.ispionline.it/it/pubblicazione/market-violence-egypt-19870>
- Gonzalez, R. "Ascenso y caída de los Hermanos Musulmanes". Editorial UOC (Barcelona, 2015).
- Grewal, S. "Where are Ennahda's competitors". Baker Institute Briefing (2018), Disponible en: <https://www.bakerinstitute.org/media/files/files/e0677eb9/bi-brief-042618-cme-carnegie-tunisia2.pdf>
- ISIE, (2019). Résultats. Disponible en: <http://www.isie.tn/resultats/>
- Marks, M. "A Response to Sayida Ounissi's Ennahda from within: Islamists or Muslim democrats". Brookings (2016). -Disponible en: [https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/07/MonicaMarks\\_re2SayidaOunissi2.pdf](https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/07/MonicaMarks_re2SayidaOunissi2.pdf)
- McCarthy, R. "Inside Tunisia's Al-Nahda: Between Politics and preaching". Cambridge University Press (2018).
- Obaid, N. "The Muslim Brotherhood". Belfer Center (2017). Disponible en: <https://www.belfercenter.org/sites/default/files/files/publication/Muslim%20Brotherhood%20-%20final.pdf>
- Ounissi, S. "Ennahda from within: Islamists or Muslim democrats", Brookings (2016). Disponible en: <https://www.brookings.edu/research/ennahda-from-within-islamists-or-muslim-democrats-a-conversation/>
- Tunisie Elections, (2011, 2014). Tunisia Election Data. Disponible en: <http://www.tunisieelections.org/>
- Wickam, C. "The Muslim Brotherhood: The Evolution of an Islamist Movement". Princeton University Press (2013).